

CONVERSACIONES SOBRE NUESTRO TIEMPO

ENCUENTRO 2



Mark Lilla:

Riesgos de la Política de Identidades

El diagnóstico de Lilla sobre la actual guerra cultural que libra la sociedad estadounidense está informado por una larga carrera académica y periodística. Su postura, que le ha granjeado críticas desde los mismos sectores liberales con los que se identifica, es que el Partido Demócrata ha perdido representación popular a causa de las décadas que lleva enfrascado en la promoción de una política de identidades, una realidad que puede extrapolarse a diversas experiencias, incluida la chilena.

Conversaciones sobre Nuestro Tiempo es una iniciativa de la Universidad Adolfo Ibáñez, iniciada en junio de 2021, que busca reflexionar sobre el presente. Los encuentros realizados quedan registrados en la página de Youtube de la universidad, así como transcritos en esta publicación en línea. Las opiniones expresadas por los invitados a debatir no necesariamente representan a la universidad.

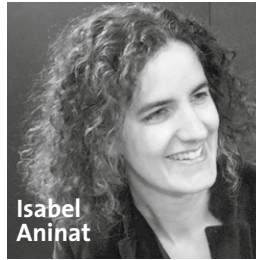
Mark Lilla, doctorado en Harvard, profesor de humanidades de la Universidad de Columbia y colaborador de medios como *The New York Times* y *The New York Review of Books*, es el autor de numerosos ensayos. A lo largo de su carrera, si ella pudiera resumirse muy brevemente, ha abordado las ideas y debates intelectuales que han dado forma a la civilización occidental como la conocemos hoy.

Sin embargo, su libro más difundido —y quizás más polémico— *El regreso liberal*¹, no proviene de su trabajo académico, sino, más bien, de una frustración política con el Partido Demócrata de Estados Unidos, del que se siente parte. Esta frustración nace al ver cómo este colectivo ha perdido contacto con sus votantes por estar enfocado en las necesidades y demandas de una política de identidades, en lugar de convocar detrás de un proyecto común, amplio y abierto a una ciudadanía sin apellidos.

Pese a que *El regreso liberal* tiene un claro foco en la política norteamericana, sus observaciones han mostrado ser de gran universalidad, ya que la tensión entre ambos polos, el tribal y el ciudadano, se presenta cada vez con más fuerzas en distintas partes del mundo, y por cierto comienzan a estar presentes en Chile.

El profesor Lilla es también uno de los precursores detrás de la carta firmada por 150 escritores en contra de la censura producida por la cultura de cancelación, publicada el año pasado en la revista *Harper's*².

El día 21 de julio de 2021, a través de la plataforma Zoom, el profesor Lilla conversó con Isabel Aninat, decana de la facultad de derecho Universidad Adolfo Ibáñez, el escritor Arturo Fontaine, Senior Fellow



Isabel Aninat



Arturo Fontaine



Ernesto Ayala

y director de la Cátedra Edmund Burke de la universidad, y Ernesto Ayala, director de Vinculación con el Medio de la misma casa de estudios, quien ejerció como moderador. A continuación, reproducimos la conversación íntegra.

La transcripción fue revisada por el profesor Lilla.

Mark Lilla: Gracias por la invitación. Espero que tengamos una conversación provechosa. Espero también que nuestra discusión no se centre solamente en los Estados Unidos, ya que creo que la experiencia estadounidense tiene una aplicación más universal de lo que hubiera pensado cuando escribí el libro.

Escribí *El regreso liberal* después de la inesperada victoria de Donald Trump sobre Hillary Clinton. Todo partió una semana después de las elecciones cuando publi-

qué un artículo para *The New York Times*³, que fue el más leído del año y generó un sinnúmero de comentarios, muchos de ellos negativos. En lugar de abordar la victoria de Trump y la derrota de Clinton como consecuencia de estrategias políticas limitadas, traté de ponerlas en una perspectiva histórica.

En la política estadounidense, y quizás también en otros países, han existido lo que podríamos denominar diferentes dispensas históricas. Una dispensa es un término de origen teológico y se refiere a un principio organizador de las ideas y acciones de las personas que define una era. Tuvimos dos dispensas en la política estadounidense durante el siglo XX; la primera fue la de Franklin Roosevelt⁴, que surgió durante el período de la depresión y se caracterizó por el triunfo de un nuevo tipo de liberalismo, de corte socialdemócrata, que estableció un nuevo pacto so-

¹ Mark Lilla, *The Once and Future Liberal. After Identity Politics*, Harper Collins, New York, 2017. Traducido como *El regreso liberal*, Debate, 2017.

² Mark Lilla et al., "A Letter on Justice and Open Debate", *Harper's Magazine*, octubre de 2020. Disponible en <https://harpers.org/a-letter-on-justice-and-open-debate/>

³ Mark Lilla, "The End of Identity Liberalism", *The New York Times*, 18 de noviembre de 2016. Disponible en <https://www.nytimes.com/2016/11/20/opinion/sunday/the-end-of-identity-liberalism.html>

⁴ Franklin D. Roosevelt (1882-1945). Trigésimo segundo mandatario estadounidense. Gobernó entre 1933 y 1945.

cial, un Estado benefactor. Esta dispensa no solo definió un nuevo concepto de ciudadanía política sino también de ciudadanía social. La idea de los años de Roosevelt era que no se puede ejercer la ciudadanía política si la sociedad y la economía carecen de determinados derechos. En el resto del mundo, esta noción se conoce como socialdemocracia, pero fue un punto de inflexión en el liberalismo estadounidense y fundó un nuevo principio. Este principio cobró mayor fuerza durante la Segunda Guerra Mundial, tras la cual se aceptó, en términos generales, que los ciudadanos estadounidenses tienen ciertos deberes para con los demás. No son simplemente un conjunto de individuos agrupados dentro de ciertas fronteras; entre ellos debe imperar la solidaridad y se requiere un gobierno activo y legítimo para satisfacer las necesidades del país.

Esta dispensa general caracterizó a la política estadounidense entre los años treinta y ochenta, durante los gobiernos demócratas y republicanos. Estableció un marco dentro del cual la derecha moderada debía operar con su propia versión de los programas sociales. Sin embargo, este consenso se disolvió en los años ochenta con la elección de Ronald Reagan⁵. En cualquier caso, había ido perdiendo fuerza por varias razones: el fracaso del Estado, programas que se implementaron pero no lograron sus objetivos, el aumento de los niveles de pobreza y la degradación de las ciudades. La impresión era que el gobierno ya no era capaz de ofrecer respuesta a las preguntas importantes. Presenciamos la aparición de un nuevo individualismo, la “generación del yo” que irrumpió en los años setenta, en que los jóvenes estaban menos conectados con los problemas sociales y más centrados en sí mismos. Existía además la convicción en la derecha de que si al mercado se le permitía operar libremente, los problemas sociales mejorarían. En el caso de Reagan, la noción era que había otra forma de alcanzar estos objetivos, que contrastaba con el período de Roosevelt.

Bajo Reagan, entonces, se articulan dos principios: por un lado, el gobierno no debía interferir en la eco-

nomía y, por otro, la sociedad misma, las organizaciones, la sociedad civil también podían transformarse en una red para educar y proteger a la sociedad. No solo el Partido Republicano hizo suya esta noción hasta 2016, sino que también fue adoptada por el Partido Demócrata. Tanto Barack Obama como Bill Clinton gobernaron dentro de esa visión política de Reagan.

Pues bien, en 2016 quedó en evidencia que estas dos visiones de país, estos dos principios, se habían agotado por diversas razones: las consecuencias económicas de la globalización y el colapso económico de 2008, entre otras, pero también a causa de determinados cambios culturales que analizaremos más adelante. Lo que se hizo evidente fue que ni la derecha ni la izquierda tenían una propuesta para sustituir estas visiones. Sorprendentemente, la izquierda demócrata no había logrado elaborar una alternativa durante los años de Reagan. Ni la derecha ni la izquierda contaban con una nueva visión, un principio organizador, una dispensa que pudiera ofrecerse como alternativa a la visión de Reagan. Entonces se creó un vacío y en este vacío irrumpió Donald Trump. Esta misma situación también se evidenció en varios



Ronald Reagan, el presidente de la “generación del yo”.

⁵ Ronald Reagan (1911-2004). Ejerció como el cuadragésimo presidente de EE.UU. por dos periodos consecutivos, entre 1981 y 1989.

países occidentales durante la última década: el declive —y en algunos casos, el colapso— de los partidos que habían gobernado desde la Segunda Guerra Mundial, el auge del populismo, la ausencia de una visión clara de país.

Trump es un demagogo clásico en una larga historia de demagogia. Pero lo nuevo, lo más interesante en su caso, es lo que le sucedió al Partido Demócrata. ¿Cómo respondieron? ¿Por qué no pudieron derrotar a alguien como Trump?

Lo que ocurrió es que la izquierda se había transformado durante los años de Reagan y, en paralelo al libertarismo económico de la derecha, se sumó un nuevo libertarismo cultural de izquierda. Aparecieron nuevas reivindicaciones de derechos individuales y su aceptación por parte de la sociedad civil, así como también reivindicaciones de diferentes grupos identitarios. La cuestión de la identidad personal se tornó primordial. Se produjo un vuelco, y las estrategias políticas centradas en los partidos políticos y las elecciones fueron sustituidas por un foco en los movimientos sociales y las manifestaciones y, yo diría, en el circo político. Esta nueva izquierda, desorganizada y atomizada, fue incapaz de brindar una alternativa a la sociedad estadounidense.

Permítanme agregar que la mayoría de las reivin-



Joe Biden, el actual mandatario norteamericano que recibe un Partido Demócrata en crisis.

dicaciones de los distintos grupos identitarios que alzaron sus voces y se volvieron predominantes en la izquierda estaban totalmente justificadas, tanto para las minorías raciales como para los homosexuales. Sin embargo, lo que ese enfoque no logró fue concitar a sectores de la gran mayoría de estadounidenses, que eran blancos, de clase media y trabajadora, religiosos y patriotas. De este modo, se abrió una brecha cultural al interior de nuestra política. Ahora no solo teníamos “políticas-políticas”, por así decir, carentes de una visión de la economía y el gobierno, sino el enfrentamiento de dos visiones antagónicas de la cultura. Esa guerra cultural es lo que ahora define la política estadounidense. Si bien ya se había iniciado con las escaramuzas de los noventa, ha recobrado fuerza y ahora domina la escena.

Todo esto ha llevado a una redefinición en la izquierda estadounidense acerca de su propia identidad. Sus esfuerzos ya no están abocados a conquistar el poder político y a gobernar para mejorar las condiciones materiales del país, sino a obrar transformaciones culturales dentro de las instituciones que controla, que no son las instituciones políticas.

Las consecuencias quedaron de manifiesto con la elección de Joe Biden. Los demócratas a duras penas consiguieron el control de Washington. A nivel de gobierno estatal y local, que es de suma importancia en los Estados Unidos, la derecha tiene el control absoluto. La izquierda cultural, por su parte, tiene un predominio total en las esferas de la educación, el espectáculo, el mundo editorial, la prensa, la publicidad y la profesión legal. Debo agregar que se trata de una izquierda privilegiada, de clase media alta, mayoritariamente blanca. En cierto sentido, la derecha y la izquierda estadounidenses están librando guerras diferentes o, más bien, hay dos guerras: en una predomina la izquierda y en la otra, la derecha.

Ello ha impedido que ninguna de las dos fuerzas se imponga en el país y desarrolle una nueva visión de nuestro destino nacional. De ahí la confusión y la falta de objetivos y también la intensidad actual de la política estadounidense. Ese es el trasfondo de lo que en Estados Unidos denominamos “cancelación” por parte de la izquierda cultural. Consiste en ataques

sistemáticos a través de las redes contra las personas cuyos puntos de vista y opiniones sobre las políticas identitarias, especialmente las políticas raciales y sexuales, se consideran inaceptables. Se ejerce presión sobre los empleadores, los colegas, los profesores y estudiantes. También hay un esfuerzo significativo por borrar de la memoria histórica a personajes del pasado que, desde nuestra perspectiva actual, no tenían las opiniones correctas. Se han derribado monumentos, aunque sea debatible la prudencia de tal acción. Lo más significativo es que ha llevado a

reescribir la historia de los Estados Unidos y a enseñar una nueva historia que, en cierto sentido, ha sido saneada moralmente para denunciar a cualquier personaje histórico que, hoy por hoy, no se considere políticamente intachable. Del mismo modo, se le está dando protagonismo a personajes históricos a quienes

probablemente no se les concedía mayor importancia en su momento, pero que, desde nuestra perspectiva actual, se consideran moralmente relevantes.

Dos acontecimientos ilustran de manera bastante obvia a dónde nos ha llevado todo esto. El primero, por supuesto, es el asalto al Capitolio en enero pasado⁶, y el segundo, las manifestaciones masivas tras el asesinato del afroamericano George Floyd por un policía en Minnesota el verano pasado⁷. Creo que las manifestaciones relacionadas con la muerte de Floyd tendrán mucha más trascendencia histórica que



Las manifestaciones tras el asesinato de George Floyd alcanzaron dimensiones globales.

el ataque al Capitolio de los Estados Unidos. Intentaré explicarles por qué. Primero, quisiera decir que las manifestaciones modificaron en alguna medida las opiniones que expresara en mi libro, en particular, sobre la capacidad de las políticas de identidad para movilizar a quienes no pertenecen a dichos grupos identitarios. Asimismo, también he podido apreciar algunas de las ventajas de las políticas de identidad que antes no me resultaban evidentes.

Hay aquí dos hechos llamativos: el primero es que las manifestaciones basadas en reivindicaciones identitarias concitaron a cientos de miles de no afroamericanos y los movilizaron por las calles de todo el país. Desde una cierta perspectiva, esto podría explicarse como que las personas simplemente salieron a protestar contra una injusticia, movidas por el deseo

de proteger a sus conciudadanos. No es necesario interpretarlo en términos de raza. Sin embargo, se ha traducido en una verdadera crisis de conciencia en la población blanca estadounidense –los blancos con mayores niveles educativos– en cuanto al estatus de los afroamericanos, el carácter distintivo de su historia y experiencia y su sentido de identidad. Entonces, algo está cambiando y de manera acelerada. Pareciera que los estadounidenses blancos están aprendiendo una lección y, lo más importante, están dispuestos a aprenderla. Se ha producido un marcado énfasis desde todos los sectores para que la ex-

⁶ El 6 de enero de 2021, el Capitolio norteamericano fue atacado por una turba de adherentes de Donald Trump que se proponían interrumpir la sesión conjunta del Congreso en la que se llevaría a cabo el recuento de los votos electorales que daban como ganador a Joe Biden tras las elecciones de 2020.

⁷ George Floyd fue asesinado por un policía en Minneapolis, Minnesota, el 25 de mayo de 2020. Era sospechoso de haber pagado con un billete falsificado, y a pesar de que no ofreció resistencia y estaba desarmado, uno de los policías a cargo del arresto, Derek Chauvin, mantuvo su rodilla en la nuca de Floyd durante casi 10 minutos, lo que causó la muerte de Floyd.

perencia de los afroamericanos tenga un lugar más destacado en nuestra conversación cultural, en particular en el ámbito de la educación.

En los Estados Unidos contamos con un programa de discriminación positiva denominado “acción afirmativa”, orientado a contratar minorías que de otro modo no conseguirían empleo o que posiblemente no cuentan con los títulos o calificaciones necesarias, y cuya finalidad es aumentar la representatividad y construir una clase media negra. Este principio ahora se ha hecho extensivo a todas las esferas de la vida en los Estados Unidos. La televisión, el cine y el teatro estadounidenses han experimentado una transformación radical en los últimos años. De pronto, simplemente parece de mal gusto o cuestionable que un programa de televisión o película no incluya en su reparto a personajes afroamericanos significativos. De hecho, la Academy of Motion Picture Arts, de Los Ángeles, que entrega los premios Óscar, declaró que las películas que no tengan una representación negra significativa no podrán competir por el premio a la mejor película⁸. También se ha hecho manifiesto en la publicidad: hoy, el rostro más común en la publicidad estadounidense es un rostro negro. La motivación detrás de estas iniciativas es loable y apunta a que estas son personas que no han tenido visibilidad en los comerciales estadounidenses a pesar de su trascendencia, y no solamente en las denominadas situaciones típicas que viven los afroamericanos, sino en situaciones cotidianas, comprándose un automóvil o una casa. Es un cambio muy positivo. Pero también refleja un cierto pánico por parte del mundo corporativo estadounidense, que siente que tiene que mostrar su buena fe en estos esfuerzos para no ser “cancelado”. Y hay aquí un verdadero entramado de motivos, algunos muy loables y otros lisa y llanamente cobardes.

“LA DEMOCRACIA NO CONSISTE EN REPRESENTAR SINO EN GOBERNAR. SE TRATA DE INSTITUIR PROGRAMAS. QUEREMOS QUE LA GENTE ESTÉ REPRESENTADA EN DICHO PROCESO, PERO PARA GOBERNAR, NO COMO UN FIN EN SÍ MISMO”.

Lo otro que me resulta llamativo es que el asesinato de George Floyd diera origen a manifestaciones importantes en el mundo entero. No creo que nadie lo hubiera esperado. Y no fue solo en países que habían experimentado la colonización en África o que sufrieron en carne propia los efectos de ese proceso, o incluso en países con grandes poblaciones minoritarias. Como sabemos, las manifestaciones se produjeron en muchos países de América del Sur, pero también en la India, Japón, Nueva Zelanda, Sri Lanka, Taiwán, Turquía, Armenia e incluso Kazajstán. Es algo muy desconcertante y significativo. Es posible que muchas de estas manifestaciones no fueran más que una oportunidad para protestar contra la violencia policial en los diferen-

tes países, o para protestar contra la violencia gubernamental. Pero creo que también reflejan una creciente conciencia de identidad en el mundo entero, especialmente entre los jóvenes, a tal punto que ha llegado a definir su política cultural.

Me percaté hace algún tiempo de que hoy la bandera más reconocible en el mundo, después de la bandera estadounidense, es la bandera arcoíris del movimiento LGBT. Prácticamente no hay un solo lugar en el planeta donde la gente no esté familiarizada con el significado de dicho emblema. Este también me parece un acontecimiento muy significativo en la política y la cultura mundial. No creo que tenga que ver simplemente con la “americanización”, porque estos movimientos están surgiendo de manera espontánea y no podemos culpar tampoco a los Estados Unidos. Estos movimientos no habrían estallado en tantos lugares, si no hubiese razones dentro de cada una de esas sociedades para que los jóvenes se identifiquen con estas políticas culturales.

Ello refleja tres cambios. El primero es simplemen-

⁸ El 8 de septiembre de 2020, la Academia de Artes y Ciencias del Cine estableció como condición de elegibilidad para Mejor Película que “al menos uno de los actores principales de una película debe pertenecer a un grupo étnico o racial con baja representación”, entre otros criterios. Los detalles están disponibles en <https://www.oscars.org/news/academy-establishes-representation-and-inclusion-standards-oscar-eligibility/>.

te el individualismo propio de la economía moderna, el capitalismo moderno y la política neoliberal. Los jóvenes de hoy son menos propensos a pensar en sí mismos como parte de una clase o como miembros de un partido político y tienden más a concebirse como individuos, definiéndose a sí mismos en términos de sus identidades personales y culturales. El segundo es la globalización de los símbolos culturales en forma instantánea mediante las redes sociales. Cuando algo surge en un país como símbolo significativo, se manifiesta al día siguiente en muchos otros países. El tercer cambio es una globalización —quizá debería llamarla una reglobalización— del conflicto ideológico en la política mundial. Las luchas políticas transnacionales no son un fenómeno nuevo: basta con remontarse a las guerras de religión en la Europa del siglo XVI, en que surgieron dos ideologías religiosas que rivalizaban entre sí por el poder y que se mantuvieron a través de redes distribuidas en varios países. En muchos países había fuerzas e ideólogos católicos unidos en una batalla contra los protestantes y en el caso de los protestantes ocurría lo mismo.

Como bien sabemos, lo que caracterizó al siglo XX fue la política transnacional: las ideologías globales del socialismo, el comunismo, el fascismo y la democracia liberal. Tras el colapso de estas ideologías después de 1989, lo esperable era que el conflicto ideológico se instalara nuevamente a nivel nacional. En cambio, creo que lo que estamos presenciando —y esta es una especulación sobre el futuro—, es que ahora el conflicto ideológico global está recobrando fuerza. En la derecha hay muchos países que comparten condiciones similares: una clase con bajos niveles educativos y desfavorecida en la nueva economía, y personas que suelen tener una visión tradicional sobre temas culturales como la familia y la religión. En contraposición, hay una nueva clase global de élites y empresarios de izquierda con sus propias redes e ideas.

En los Estados Unidos, Europa, Nueva Zelanda, Australia existen redes transnacionales de personas pertenecientes a la derecha radical que están en comunicación permanente. Al mismo tiempo, estamos presenciando el desarrollo de una red de políticas de

identidad global entre los jóvenes de izquierda para quienes esta constituye la nueva frontera política. Hay una desconexión creciente entre la política-política y la política cultural: todo parece indicar que en la lucha política la derecha tiene el predominio, y en la lucha cultural es la izquierda quien tiene la primacía. Es aquí donde deberíamos buscar nuevos desarrollos en el campo de la política mundial. ¿A dónde nos llevará todo esto? Nadie lo sabe. Sin embargo, lo sorprendente es que, al igual que en el siglo XX, estas dos nuevas formaciones ideológicas son hostiles al liberalismo.

Isabel Aninat: Usted se ha referido a tres posibles causas o factores que han influido en esta globalización. Quisiera preguntar si hay además un cuarto elemento y que tiene que ver con la decadencia en algunos lugares del concepto de democracia representativa, fenómeno que se observa en América Latina, pero también en países europeos con mucha intensidad y que tiene que ver con el cuestionamiento a las instituciones más clásicas del liberalismo y especialmente al concepto de representación política. Usted hablaba de esa distancia que se genera, y quizás un lugar donde por naturaleza se encuentran esas distintas posiciones políticas y concepciones ideológicas es en una institución como el parlamento o el congreso, y pareciera que es la institución más desprestigiada, sea cual sea el país, al menos en el mundo occidental.

Entonces, ¿cree que también esta discusión sobre el tipo de democracia, la intención de incluir mayores mecanismos de representación directa, de democracia directa, influye en esta distancia entre los ámbitos culturales y en esta idea de una representación identitaria con mucha más fuerza?

Lilla: Es un tema sobre el que he pensado mucho, si bien no lo había incluido en estas reflexiones.

Son muchas las causas de la decadencia de nuestras instituciones representativas y de su pérdida de legitimidad entre los ciudadanos. Pero creo que lo crucial para la democracia representativa no es la participación individual sino la participación de los partidos. Un gobierno se legitima cuando un parti-

do concreto tiene una visión de lo que quiere hacer, cuando esa visión es atractiva para una mayoría en el país y, luego, ese partido es capaz de promulgar leyes para alcanzar dichos fines. Pero es la decadencia de nuestros partidos políticos y de las ideologías en que se sustentan donde creo que tenemos que buscar el eslabón perdido. Porque cuando observo los partidos de derecha e izquierda actuales en Europa —no conozco bien el caso de América Latina—, es muy difícil detectar las diferencias entre ellos, por un par de motivos. Uno es que nuestros partidos políticos en realidad son legados del siglo XIX. En la izquierda son producto del pensamiento socialista y en la derecha, del pensamiento liberal, en el sentido europeo y sudamericano, y del neoliberalismo. Y esas grandes tradiciones ideológicas están agotadas, por lo que parece que no hay grandes diferencias entre los partidos, sino que simplemente están manejados por personas con motivaciones personales. Pareciera que los partidos son incapaces de ofrecer respuesta a los problemas sociales actuales y eso, en gran medida, porque carecen de un programa. Pero una de las razones por las que no tienen un programa es porque estamos inmersos en una nueva situación política con la globalización mundial y enfrentamos problemas para los que francamente nadie tiene respuesta. Y cuando nadie tiene una respuesta plausible a los problemas, no es sorprendente que la democracia representativa tienda a degradarse.

Arturo Fontaine: Me gustaría llevarlo a ese brillante ensayo suyo “Sobre la indiferencia”, publicado en 2020⁹, un ensayo hecho en la tradición de Alexis de Tocqueville¹⁰, donde hace una crítica de la política de la identidad en el mundo cultural, en especial en el mundo literario. Usted llega a decir que los comités

**TODO PARECE
INDICAR QUE EN
LA LUCHA POLÍTICA
LA DERECHA TIENE
EL PREDOMINIO,
Y EN LA LUCHA
CULTURAL ES LA
IZQUIERDA QUIEN
TIENE LA PRIMACÍA.**

que dan los premios prefieren juzgar las características físicas y la historia personal de los escritores que la calidad estética de sus obras. Y luego hace un alcance acerca de la naturaleza de las obras literarias, y esto último en particular me interesa como novelista, me interesa su visión de la literatura. Cito sus palabras: “La literatura y las artes no son el sostén de la larga marcha hacia la redención nacional. Nada tienen que ver con darle voz o contar nuestras historias o celebrar los logros de alguien o de algún grupo. Esto es confundir el arte con la promoción publicitaria”. La contribución de la literatura y las artes a la moralidad es, dice usted, indirecta. Su poder es recordarnos la verdad de que somos un misterio para nosotros mismos, como dijo San Agustín, en *Las confesiones*. Quisiera invitarlo a desarrollar esta idea de la literatura, el cine, las artes, con relación al misterio que somos y por qué las políticas de

identidad podrían amenazar el ejercicio de las artes y la cultura.

Lilla: Muchas gracias. Me gustaría mencionar que la traducción del ensayo fue publicada en *Letras Libres*¹¹. El ensayo está motivado, en primer lugar, por una preocupación sobre lo que ocurre en la sociedad estadounidense cuando la autonomía de las artes se ve amenazada. Nuestra sociedad es muy democrática, recelosa de aquellas cosas que parecen demasiado elevadas, que no todos pueden compartir. Además, somos un país evangélico. Quienes conocen la historia de Estados Unidos saben que es común referirse a los grandes despertares en la historia de los Estados Unidos. Estos períodos estuvieron marcados por un auge del fervor religioso evangélico, reuniones en todo el país, conversiones masivas e intentos de que nuestra sociedad se tornara más religiosa y conservadora.

⁹ Mark Lilla. “On Indifference”, *Liberties*, Vol. 1, 1, Otoño 2020. Disponible en https://marklilla.com/wp-content/uploads/2021/02/Lilla-On_Indifference.pdf.

¹⁰ Alexis de Tocqueville (1805-1859). Diplomático y filósofo francés, considerado el padre de las ciencias políticas por trabajos como *Democracia en América* (1835) y *El Antiguo Régimen y la Revolución* (1856).

¹¹ Lilla, “Sobre la indiferencia”, *Letras Libres*, mayo 2021. Disponible en <https://letraslibres.com/revista/sobre-la-indiferencia/>

Creo que lo que está ocurriendo actualmente es que esas energías evangélicas, que surgieron en un entorno secular, se están trasladando a nuestra política. Por lo tanto, lo que estamos viendo en la era de la política de identidades es, por un lado, un deseo de hacer proselitismo a favor de diferentes grupos identitarios y de una determinada visión de la política. Y por el otro, está la realidad de que los estadounidenses francamente prefieren evitar el difícil problema del arte. El arte hace que los estadounidenses se sientan incómodos; más aún, el placer hace que los estadounidenses se sientan incómodos, ya sea el placer de las artes, el placer de comer, el placer sexual. Nos incomoda porque no podemos adoptar una postura moral al respecto, amenaza con desarmar nuestras categorías morales. Entonces, lo que está sucediendo en la actualidad es que estos dos elementos están convergiendo y los enemigos de la autonomía del arte tienen ahora un arma poderosa, a saber, exigir que las artes se inclinen ante los ídolos políticos del momento. Si no lo hacen, serán canceladas. La pregunta que planteo en el ensayo es qué hacer frente a esta situación. Primero hay que denunciar o identificar lo que está ocurriendo. Por ejemplo, en este momento los premios literarios en los Estados Unidos se han transformado en algo carente de sentido porque la principal misión de los comités que los otorgan es asegurarse no solo que haya una representación de las minorías raciales y sexuales, sino en promoverlas. El objetivo es promover a las personas que cuentan sus historias. Y la literatura comienza cuando se toma una historia y se la transforma en arte. La noción de que el arte no tiene como finalidad la elevación moral (aunque por supuesto también tiene algunos efectos morales indirectos) se ha tornado muy sospechosa porque pareciera que se están defendiendo los privilegios de los blancos y de las personas con altos niveles de educación, cuyas voces, en la opinión de los comités, han sido más escuchadas. Ahora bien, no hay problema en afirmar que hay todo tipo de escritores exce-

**[EL PLACER] NOS INCOMODA
PORQUE NO PODEMOS
ADOPTAR UNA POSTURA
MORAL AL RESPECTO,
AMENAZA CON DESARMAR
NUESTRAS CATEGORÍAS
MORALES.**

lentes que deberíamos leer porque están dedicados a su arte como tal, pero eso no es lo que se plantea. Lo que se plantea es que debemos leer estos libros y enseñárselos a nuestros hijos porque contribuyen a nuestra elevación política y moral. Por lo tanto, es un muy mal momento para los escritores, y por eso en el ensayo recomiendo una suerte de indiferencia y abstinencia, un cierto monasticismo cultural hasta que pase la tormenta.

Aninat: Usted habló de religión, un asunto que toca en su libro *The Stillborn God*¹². Quisiera aprovechar la reflexión que hizo a partir de la pregunta sobre las artes para mostrar que el fenómeno también se ha expandido más allá de las diferencias en la aproximación de la diversidad y el tratamiento del pluralismo. Es un desafío que los países han abordado de manera muy distinta. Para poner algunos ejemplos, en Estados Unidos se habla del “American melting pot”, pero

países como Canadá tienen una aproximación muy distinta de lo que significa la diversidad y de cómo se trata el multiculturalismo, y está el caso de Quebec en Canadá. Tenemos otro modelo muy diferente como el francés, menos puritano pero basado en una idea de republicanismo. La pregunta es por qué y cómo estas distintas ideas de multiculturalismo y del tratamiento político de la diversidad siguen estando marcadas por una crisis cultural que puede ser más o menos aguda. En el caso del “American melting pot” de los Estados Unidos, están evidentemente marcadas por las distintas consideraciones que usted mencionaba. ¿Cree usted que el modelo de tratamiento de la diversidad marca definitivamente la política identitaria?

Lilla: Ciertamente, la cuestión de la diversidad social es clave en nuestros días, especialmente con los grandes movimientos de personas, y como fenómeno social que tiene todo tipo de implicaciones políticas. Sin embargo, una vez que tenemos una pobla-

¹² Mark Lilla. *The Stillborn God: Religion, Politics and the Modern West*, Knopf, Nueva York, 2007.

ción más diversa, a nivel social hay diversas formas de abordar el fenómeno. Usted mencionó varios modelos diferentes, la asimilación en contraste con tolerar una mayor autonomía cultural, toda suerte de modelos de cómo pensar la sociedad. Pero cuando se trata de gobernar políticamente la sociedad, la diversidad puede transformarse en una barrera para alcanzar una mayoría en el gobierno. La democracia no consiste en representar sino en gobernar. Se trata de instituir programas. Queremos que la gente esté representada en dicho proceso, pero para gobernar, no como un fin en sí mismo.

El multiculturalismo, que constituye un hecho, no una idea, plantea todo tipo de desafíos políticos. Por otro lado, en el ámbito cultural, lo interesante es que el multiculturalismo abre nuevas e increíbles posibilidades para descubrir las literaturas, las artes y la historia de diferentes países y civilizaciones del presente y el pasado. Así es que, en cierto sentido, es un momento extraordinario para estar vivos, cuando todos estos temas se están transformando en parte de la discusión común.

La paradoja en el caso de la situación estadounidense, y no ocurre lo mismo en otros países, es que los estadounidenses son muy provincianos. Si hojearé la sección de reseñas de libros en un periódico español, italiano o francés, un buen número de los libros que se reseñan son traducciones desde otro idioma. Eso no ocurre en los Estados Unidos. Entonces, ¿qué significa cuando los estadounidenses hablan de multiculturalismo en la cultura y en las artes? No significa que tengamos ideas que aprender del resto del mundo que pongan en entredicho nuestra visión de la democracia y nuestros valores fundamentales, sino que tenemos que interpretar al resto del mundo como si se tratara de los Estados Unidos. Se exploran las literaturas de otros países para encontrar historias que encajen con la nueva visión de la identidad multicultural, no que la ponga en duda, aunque no solo hay países y civilizaciones que le son hostiles,

sino que también hay otras que ofrecen modelos alternativos. Los estadounidenses no se sienten cómodos con las alternativas a la democracia, al catolicismo. Y, por ende, lo que buscan en la literatura y en el arte mundial son historias reconfortantes. Y como el mercado estadounidense reviste tanta importancia en la literatura y las artes, los escritores y artistas extranjeros han adaptado sus obras al mercado estadounidense. Vemos entonces que la denominada literatura mundial es muy homogénea porque todos se sienten llamados a escribir la novela de la literatura mundial en lugar de escribir la novela de su lugar de origen.

Una última reflexión sobre la diversidad. Lo que más llama la atención entre los jóvenes de hoy es su falta de diversidad: más allá del lugar en que habitan, todos se pasean con sus teléfonos, todos escuchan la misma música, todos responden a las mismas señales políticas sobre la identidad, la sexualidad y la raza. Creo que los jóvenes nunca han sido tan similares en la historia del mundo como ahora, pero solo hablan de diversidad. Como consecuencia, la diversidad se ha transformado en una suerte de significativo vacío. Quizá no sea la forma de describirla, pero se ha convertido en una especie de fantasma porque no refleja la creciente homogeneización de la cultura mundial, especialmente entre los jóvenes.

“LA DENOMINADA LITERATURA MUNDIAL ES MUY HOMOGÉNEA PORQUE TODOS SE SIENTEN LLAMADOS A ESCRIBIR LA NOVELA DE LA LITERATURA MUNDIAL EN LUGAR DE ESCRIBIR LA NOVELA DE SU LUGAR DE ORIGEN”.

Fontaine: ¿No será que precisamente porque hay una homogeneidad tan grande sobre todo en la juventud de todas partes del mundo que, como usted bien describe, se visten igual, andan con los mismos teléfonos, ven el mismo tipo de cine, consumen los mismos productos culturales, que eso mismo produce la necesidad de buscar marcas identitarias y pertenencias de grupos? Porque estamos en un mundo que es muy anónimo. Estos movimientos identitarios son grupos de alguna manera lastimados, hablan desde una herida, expresan una queja muchas veces muy justificada, pero se busca el reconocimiento de

una colectividad, de una identidad colectiva de algún modo amenazada o castigada, y ese reconocimiento por parte de los demás es una búsqueda vista y vivida como búsqueda de dignidad. Eso parece consustancial al mundo de hoy y parte de la globalización, como si la globalización incluyera estas necesidades de pertenencia colectiva, también globales, de un modo más intenso que en otras épocas donde había tantas diferencias entre un país y otro. En otras palabras, ¿cree usted que esta política de identidad tiene alguna posibilidad de agotarse o superarse en nuestro tiempo o es algo con lo que tenemos que contar, que es parte de nuestro mundo, y hay que buscar un modo en que esto se incorpore a la democracia representativa y permita el buen gobierno?

Lilla: No sé cómo responder a su pregunta porque es algo que yo mismo me he planteado. Pero me interesan sus comentarios que conducen a la pregunta de por qué hasta ahora nadie ha intentado explorar a fondo la psicología de la conciencia de identidad, especialmente entre los jóvenes. Es decir, sondear su psicología en forma imparcial, porque encierra muchas paradojas. Una de ellas es que los jóvenes (a decir verdad, todos nosotros, pero especialmente los jóvenes), se sienten cada vez más aislados; aislados de sus familias, de sus países, experimentan una gran anomia. Todo se mueve a mucha velocidad, vivimos en sociedades líquidas. ¿Cómo definirse en este tipo de situación? Por lo tanto, en cierto sentido, cada cual tiene que inventarse a partir de la nada un concepto de su propia identidad, que le dé cierta solidez y le brinde una suerte de brújula para orientarse en la vida. Esa es mi percepción. Vista así, la política de identidades tiene dos caras: por un lado, gira en torno al individuo, pero, por otro, es una búsqueda de pertenencia a grupos más amplios, que creo que es a lo que usted quiere llegar. Y nadie ha sondeado el tema en profundidad. La

“LO QUE MÁS LLAMA LA ATENCIÓN ENTRE LOS JÓVENES DE HOY ES SU FALTA DE DIVERSIDAD: MÁS ALLÁ DEL LUGAR EN QUE HABITAN, TODOS SE PASEAN CON SUS TELÉFONOS, TODOS ESCUCHAN LA MISMA MÚSICA, TODOS RESPONDEN A LAS MISMAS SEÑALES POLÍTICAS SOBRE LA IDENTIDAD, LA SEXUALIDAD Y LA RAZA”.

tarea le correspondería a un artista, en realidad no a un psicólogo profesional, pero sería muy interesante tratar de aprehender esta nueva mentalidad y la oscuridad y a menudo el sufrimiento que se esconden detrás. Así es que creo que ahora usted tiene una tarea por delante, no solo yo.

Ernesto Ayala: Quería hacerle una pregunta respecto de las grandes narrativas que hay detrás de El regreso liberal. Por su formación como historiador de las ideas usted logra dar cuenta de manera muy nítida de las dos grandes narrativas que movieron la política estadounidense durante el siglo XX hasta 2016. Mi pregunta es si usted ha pensado cómo estas nar-

rativas se cristalizan, porque me niego a creer que solo fue el talento de Roosevelt o de Reagan que logró crear estas grandes narrativas. Me imagino que hay hechos sociales, culturales, que van tejiéndose hasta que llega un momento en que hay un político o un grupo político que logra crear la narrativa, agruparla, darle fuerza y marcar los siguientes cincuenta años. Ahora creo que existe un vacío, y eso explica gran parte del problema de la democracia representativa. Y tenemos la política de identidades que parece preeminente, con ganas de tomarse la totalidad del escenario. En ese sentido,

¿cómo se crea una salida alternativa? ¿Qué elementos tendrían que entrar en juego para crear un sentido político que vaya más allá de las identidades o de la búsqueda tribal?

Lilla: No se trata de que uno se proponga gestar algo. Estas dispensas surgen, como usted bien dice, a partir de una serie de factores. Tendemos a subestimar el papel de los individuos, de los líderes individuales en estos procesos. Hay un prejuicio, una deformación profesional en las ciencias sociales, que consiste en indagar siempre en las causas sociales y restarle importancia al papel de los individuos concretos. Reagan como individuo fue importante, sin él mucho

de esto no habría ocurrido. Lo mismo en el caso de Roosevelt. No es que las fuerzas sociales creen a un individuo, se requiere el encuentro de un hombre con un momento. Por ejemplo, la dispensa de Roosevelt fue fruto de una gran labor intelectual a principios del siglo XX entre los llamados progresistas estadounidenses, quienes estaban reflexionando sobre la política social, sobre la naturaleza de la democracia. Hay, pues, varios factores que se conjugan. Uno de ellos es que de alguna manera se produce un cambio en la sociedad y que las personas que han estado desarrollando una labor intelectual durante mucho tiempo finalmente se encuentran en una posición en la que pueden desarrollar ideas que guarden alguna relación con dicha situación (o al menos que la gente así lo sienta). Y a eso se suma que un individuo, un individuo catalizador, trátase de Reagan o Trump, de repente puede lograr que algo ocurra.

Por ejemplo, el reaganismo no tuvo su punto de partida solo en 1980, como usted señaló. Ciertamente, hubo fuerzas sociales en la economía y también acciones gubernamentales y sus consecuencias. Pero también había el neoconservadurismo —y aquí estoy hablando de neoconservadurismo no en términos de política exterior sino en términos de la política interna en Estados Unidos. En ese momento, existía una pequeña revista llamada *The Public Interest*¹³, que dirigí durante un tiempo en los años ochenta, que era una suerte de laboratorio de nuevas ideas sobre cómo abordar los problemas sociales sin recurrir al gobierno. Y a partir de ahí se desarrolló una red de laboratorios de ideas, de escuelas de verano y toda una red intelectual, una subcultura. De modo que cuando Reagan fue elegido en 1980, esta suerte de gobierno de pensadores en la sombra tomó inmediatamente la iniciativa y le entregó un programa político. Era literalmente un libro. Fue elaborado por una fundación denominada Heritage Foundation, donde todas estas ideas, que habían estado en el aire durante quince años, fueron consignadas en documentos políticos y entregadas al gobierno, y las personas que habían sido elegidas comenzaron a im-

plementarlas. Se trata de una situación inusual. No es que uno se proponga hacer todo esto. Todo lo que uno puede hacer es cumplir con su labor, y tratar de abordar la situación actual, tratar de abrirse camino paso a paso, y esperar lo mejor.

Aninat: ¿Cuál es el rol de los partidos políticos? ¿Acaso se han desentendido de los nuevos fenómenos sociales y entonces hay que buscar en otros grupos un proyecto colectivo y una idea de construcción de país? Lo digo especialmente en el caso de Estados Unidos, en que me parece que todo esto además está muy marcado por el gerrymandering¹⁴ y el efecto que eso ha producido en los dos partidos de buscar políticas muy identificadas con ciertos electores específicos. ¿Cree que, al igual como lo vemos en Chile, ante un distanciamiento de los partidos con los nuevos fenómenos sociales, la gente ha buscado su representación en otros grupos? ¿Cuánto influye el sistema electoral en ello?

Lilla: Ha habido una suerte de migración de la actividad de los partidos políticos a otros movimientos sociales u organizaciones que les permiten a las personas estar representadas y conseguir determinados objetivos, lo reconozco. El problema es que el gobierno es un hecho fáctico. Cada año alguien fija los impuestos, cada año alguien dirige el ejército y decide si los soldados van a ser o no reclutados, si vamos a la guerra. El gobierno ocurre, y si el objetivo en política es simplemente la representación, entonces el proceso político quedará en manos de otras personas y serán otros los que gobiernen. La política consiste en gobernar, y punto. Lo que me preocupa entonces de esta migración que usted señala es que, aunque en ciertos aspectos pueda ser satisfactoria, no aborda en absoluto el papel decisivo del gobierno. Por lo tanto, mi esperanza es que todas estas energías se pongan al servicio del desarrollo de nuevos partidos políticos y de nuevas ideas, pero enfocándose en el sistema político y en la toma del poder. En los años sesenta y setenta todo el mundo hablaba de tomarse el poder, ya sea a través del sistema electoral o de la violencia,

¹³ *The Public Interest*, revista trimestral publicada por miembros del grupo de Intelectuales de Nueva York entre 1965 y 2005. Lilla fue su director hasta 1984, cuando la abandonó para finalizar su doctorado.

¹⁴ *Gerrymandering*: Manipulación tendenciosa de las circunscripciones electorales de un territorio, uniéndolas, dividiéndolas o asociándolas para producir un efecto en los resultados de una votación.

y esta migración a otros movimientos sociales no ha sido positiva para la democracia ni para la izquierda.

Aninat: ¿Cuánto de eso ha sido porque se ha movido hacia una tendencia de usar mucho más las cortes y menos el debate en el parlamento, como en el caso del aborto y el caso del matrimonio igualitario? Estoy poniendo casos que en Estados Unidos han sido definidos por la Corte Suprema más que por el Congreso.

Lilla: Ese es el eslabón crucial. La única forma en que los grupos identitarios de los Estados Unidos pueden incidir directamente en la acción gubernamental es a través de los tribunales. Pero los tribunales no son instituciones representativas, y no todas las cuestiones políticas son asunto de derecho. Muchos de esos temas giran en torno a la negociación, al intercambio, a la deliberación; todo aquello debería ocurrir en los parlamentos y en el Senado de los Estados Unidos. Pero la rigidización de nuestra política va de la mano de una concepción de la política como política de movimientos y política de identidades, lo que no es favorable para nuestra democracia.

Fontaine: Una de las críticas que usted plantea a la política de identidad en su libro reza más o menos así: estamos en una sala de clases y hay una conversación que debiera empezar de esta manera: “Creo en A y este es mi argumento”. En lugar de eso, debido a la política de identidad, la discusión toma otro cariz: “Hablando como X me ofende que tú digas B”. Esto tiene sentido si la identidad lo determina todo. Significa que no hay un espacio imparcial para el diálogo. Los hombres blancos poseen una cierta epistemología, las mujeres negras otra. Entonces, qué se puede decir. Reina el tabú. En otras palabras, su tesis es que si uno habla desde la identidad ya no valen las razones. La cuestión es moral. Pero, por otra parte, usted afirma que a los estudiantes en esos mismos campus, en estas mismas luchas de identidad, se les está enseñando que la identidad no existe, que la identidad de género no es algo fijo, que todo es infi-

nitamente maleable. Ese sería, según usted, el enfoque francés. Supongo que se está refiriendo a Michel Foucault¹⁵. Entonces si es así, si las identidades son fluidas, cambiantes, maleables, como piensa Foucault, no es forzoso que esas identidades se planteen desde una cualidad moral. Debiera ser más bien lo contrario. Entonces pareciera que lo que destruye el piso común para la discusión no es tanto la cuestión de la identidad como tal, sino plantear la deliberación como un choque entre estaturas morales fijas. Parecería que esa actitud es la que bloquea el diálogo más que la existencia de una identidad, escogida, asumida y revisable. ¿Cómo lo ve usted?

Lilla: Me gustaría focalizarme en la paradoja que plantean las ideologías que giran en torno a la identidad. Suele producirse una oscilación entre dos posturas diferentes: por un lado, la identidad se concibe como algo que no puede cambiarse y que, por lo mismo, debe ser respetada, y, por el otro, se afirma que la identidad es producto de una opción personal y que, por ende, debe ser respetada porque mis opciones merecen respeto. Pero la identidad en sí se pierde en el juego de esgrimir hoy un argumento y mañana el otro.

Por ejemplo, por una parte, los jóvenes sostienen — con Foucault y sobre todo Judith Butler¹⁶, quien supongo ha sido traducida al español— que el género no es el sexo y que el género es maleable. Entonces me quedo con la idea de que puedo, en sus palabras, interpretar el género como deseo y que esa interpretación merece respeto. Pero, por otro lado, se argumenta que necesito hacer una transición física de un género a otro porque mi verdadero género es diferente del que me fue asignado al nacer. En ese caso, el argumento es que tengo un género verdadero que me fue asignado y que me hace sentirme incómodo en mi cuerpo. Por eso tengo que hacer la transición o necesito vestirme de otra manera o que me traten de otra forma. Y puede que ese argumento tenga sentido. Lo que no tiene sentido es defender ambos argumentos a la vez.

¹⁵ Michel Foucault (1926-1984). *Filósofo e historiador de las ideas francés. Sus estudios de múltiples asuntos como la sexualidad, la política y los derechos humanos se conectan por la mirada que ofrecen acerca de las relaciones de poder dentro de la sociedad. Autor de Vigilar y castigar (1975) e Historia de la sexualidad (1976).*

¹⁶ Judith Butler, (1956-). *Filósofa norteamericana relevante en los campos del feminismo, la teoría literaria y la sexualidad queer. Autora de El género en disputa: feminismo y la subversión de la identidad (1990).*

Pero es políticamente conveniente disponer de ambos argumentos en función de la situación. Cuando discuto el tema con los estudiantes, son incapaces de ver la paradoja hasta que se las señalo y entonces queda en evidencia que no han reflexionado sobre el tema. Y no es que esté tratando de cambiar sus puntos de vista ni nada por el estilo, pero es una pregunta genuina a la luz de estos debates. Se trata de un problema más general que atraviesa la política de identidades. Por ejemplo, digamos que uno proviene de una familia judía; pues bien, se suele escuchar a los jóvenes judíos decir: “he decidido no identificarme como judío” por tal o cual razón, como si se tratara de una opción. “No elegí esto, y por ello merezco ser respetado”. Sin embargo, pese a que no lo he elegido y se trata tan solo de un hecho fáctico sobre mi persona, tengo ciertas obligaciones para con la comunidad judía, las costumbres judías o la diáspora, o lo que sea. Pero si todo es una opción, no asumes ninguna responsabilidad. En cambio, si realmente te haces cargo de tu pertenencia a un grupo, la asumes. La verdad es que hoy no abundan los teóricos de la responsabilidad.

Aninat: El regreso liberal fue escrito dirigido al Partido Demócrata, o al progresismo estadounidense —es difícil de traducir exactamente los términos— justo durante la elección que enfrentó a Hillary Clinton y Donald Trump. Pero de alguna manera hoy el Partido Demócrata se encuentra en una situación muy distinta a la de ese momento. De hecho, la campaña del actual presidente Biden también fue distinta de la aquel entonces. ¿Cómo sería este libro hoy, si se volviera a escribir? ¿Es la realidad del Partido Demócrata tan marcada como lo era al momento de escribir su libro o se notan ciertos cambios de tendencia?

Lilla: Permítanme comenzar mi puntos en este sentido con una afirmación que a los observadores extranjeros les cuesta creer. Y es que el presidente de los Estados Unidos no es una persona con mucho poder. El poder está muy repartido entre las instituciones del país, entre el presidente, el Congreso (y en el Congreso hay dos cámaras que son mundos diferentes) y los tribunales, y luego los gobernadores de los estados y las legislaturas de los estados y el gobierno local.

Por lo tanto, cuando se habla del estado de un partido

político y de sus posibilidades hay que considerarlo en todos esos niveles. Y el presidente no es, como en otros sistemas, el jefe del partido. El jefe del partido suele ser alguien asignado para desempeñar la función. Nuestros partidos están estructurados de tal modo que son simplemente, como se dice en la política francesa, “elefantes en la habitación”. Y cada uno de estos elefantes quiere ser el próximo presidente, razón por la cual hay varias campañas en marcha. Entonces uno de ellos es elegido, pero no tiene el mandato para gobernar y tomar decisiones dentro de su propio partido, y mucho menos a nivel gubernamental.

Todo esto para decir que la elección de Biden es insignificante en términos históricos. Primero, solo intrínsecamente porque todo tiene que cambiar, pero también porque los demócratas, a pesar de Trump, no fueron capaces de obtener una mayoría en ambas cámaras. Tienen una ínfima mayoría en el Senado, pero es inoperante debido a varias reglas. Por lo tanto, el partido demócrata no puede implementar cualquier medida. En cuanto al gobierno estatal y local, el Partido Republicano controlan muchos más estados; controlan las gobernaciones y las legislaturas, y gran parte del trabajo se realiza allí, incluso cuando se trata de la implementación de la política nacional.

Entonces, Biden no tiene mucha fuerza dentro de su partido ni tampoco en el aparato gubernamental. Las personas abrigan grandes esperanzas y muchos periodistas están cumpliendo con su labor cuando declaran que ha habido una transformación al interior del partido, que se trata de un quiebre en la historia de los Estados Unidos. Ninguna de esas cosas es verdadera. En cambio, lo que ha sucedido es una guerra civil al interior del partido, y esa guerra no es entre dos posturas ideológicas: es entre los partidarios de la política cultural y de movimientos y de quienes creen en la política de partidos y en captar las preferencias de la mayoría para conquistar el gobierno nacional. En este momento la izquierda del partido no tiene una estrategia para recuperar el poder a nivel nacional. Son muchos los objetivos que quiere alcanzar y se comporta como si todavía estuviera involucrada en la política de movimientos. Cree que si luchamos con determinación por esas metas las conseguiremos. No las conseguiremos si

no tenemos la mayoría. Y entonces, si me lo permiten, considero que se comportan como “los niños en la habitación”, mientras que los adultos del partido, los adultos en la habitación, están preocupados por cómo podemos lograr, en la próxima generación, construir un partido que tenga una base amplia para gobernar durante largo tiempo. Esa es la batalla que se está librando en el Partido Demócrata en este momento y nadie sabe cuál será el resultado. No me siento optimista.

Fontaine: Siguiendo con el planteamiento que usted acaba de hacer, ¿hasta qué punto esta situación está vinculada a un hecho inédito, que consiste en que posiblemente por la primera vez en la historia vamos a tener a una potencia mundial como Estados Unidos que realmente es una sociedad multirracial y que lo va a ser en las próximas décadas? A mí me parece que ese tema racial está muy por debajo, muy subyacente en lo que se está viviendo en los Estados Unidos —visto desde afuera, por supuesto— en el sentido que el trumpismo, por ejemplo, está muy vinculado a una cierta sensación de raza acosada: blancos, trabajadores, protestantes o por lo menos tradicionales, que por primera vez en la historia ven que realmente ese país de raza blanca que ha sido la columna vertebral de la nación ya no lo va a ser más, y que ahora Estados Unidos por prime-

“EN LOS AÑOS SESENTA Y SETENTA TODO EL MUNDO HABLABA DE TOMARSE EL PODER, YA SEA A TRAVÉS DEL SISTEMA ELECTORAL O DE LA VIOLENCIA, Y ESTA MIGRACIÓN A OTROS MOVIMIENTOS SOCIALES NO HA SIDO POSITIVA PARA LA DEMOCRACIA NI PARA LA IZQUIERDA”.



El Partido Demócrata lidera lo que Lilla define como la “guerra cultural”, pero falla, a su juicio, al convocar a los ciudadanos comunes y corrientes.

ra vez es una sociedad multirracial, un experimento nuevo. ¿Cómo reacciona a ese comentario?

Lilla: Usted se ha referido a una parte importante del problema. El porcentaje de la población afroamericana en los Estados Unidos no ha variado en muchas décadas, representa entre el 14 y el 15 por ciento de la población estadounidense. Hoy, no hay más afroamericanos que hace 20 o 30 años atrás. Los grupos que han crecido son los latinos y los asiáticos; la población blanca está disminuyendo. Lo que ha cambiado, especialmente para los afroamericanos, es que, en virtud del programa de acción afirmativa, han ido ascendiendo socialmente en las instituciones de poder, en la economía, el gobierno, las instituciones culturales. Tenemos una nueva voz negra con conciencia de sí misma a la que ahora tenemos que escuchar y tomar en cuenta y con la que hay que conversar y debatir. Y eso es algo muy positivo. Hay esa falsa noción de que todas las minorías no blancas comparten una misma situación. Se las denomina personas de color y se piensa que las personas provenientes de Sri Lanka y todas las demás perso-

nas de raza negra forman parte del mismo grupo. Pero no es así. La historia importante. La primera historia es la de los afroamericanos; después vienen los latinos y luego los asiáticos. Pero sí, ahora hay personas en estos grupos que han alcanzado posiciones de poder y tienen voz, y deberían tenerla. No veo un problema por ese lado. Lo que quiero decir es que en este momento la gente está entusiasmada. El problema surge con la conciencia blanca entre una población blanca que ha ido disminuyendo y con el nativismo. En gran medida, esto ha sido provocado por el foco en el color blanco de la piel por parte de los grupos minoritarios y de las políticas de identidad, lo que ha generado mucha rabia y resentimiento entre los blancos de bajo nivel socioeconómico y educativo. Y ese es un gran desafío social y político para nosotros en la actualidad. No hay nada que se le pueda comparar entre los grupos minoritarios. Hay un resurgimiento de un racismo abierto que no se veía en mucho tiempo. La verdad es que, tanto social como políticamente, es un tema que me preocupa. [C]